

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 27 de septiembre
de 1980

Escribe
Juanjo
FERNANDEZ



"NEW WAVE"

DE

FERNANDO PESSOA



CON la aparición del impresionante número 7-8 de la revista «Poesía», íntegramente dedicado al poeta portugués Fernando Pessoa, se confirma el interés de editores y público lector de poesía por este singular autor. En efecto, en menos de seis meses han aparecido diversas traducciones de su extensa obra, y la revista citada, por no hablar de los abundantes trabajos críticos en curso. Se configura así una interesante «New Wave», de Pessoa, por definirlo con un término que quizá sería del agrado de quien consideraba a sus «English Poems» como lo mejor de su obra.

★ EL DESCONOCIDO CONOCIDO.—Lo usual, al hablar de Pessoa, es empezar aludiendo a su desconocimiento por parte del lector, desconocimiento extendido a la literatura y cultura portuguesas, respecto a las cuales los lectores del Estado español muestran un pertinaz desinterés no exento, a veces, de desdén. Si bien es cierto ese desinterés por la cultura del vecino país —que algunos atribuyen irónicamente a una inconsciente venganza por la histórica derrota española de Aljubarrota, y a otros ridículos complejos y envidias desarrollistas—, el caso de Pessoa escapa a tal silencio: abundan sus traducciones, desde los años 50, y su conocimiento e influencia son perceptibles en las diversas «generaciones» poéticas del país.

Con alguna excepción, desde luego: ciertamente Pessoa no era apreciado ni por panfletos ni por «novísimos», ambos de efímera moda anteayer; pareció así languidecer su estrella durante la década de los 70. Pero la actual proliferación editorial demuestra un renovado interés por Pessoa que, sin duda, será sumamente beneficioso.

Así, pues, no cabe hablar de Pessoa como desconocido; basta repasar la impresionante bibliografía incluida en la revista citada para encontrar abundantes estudios y traducciones en castellano: para el lector de esta lengua, Pessoa es, en todo caso, «el desconocido de sí mismo», como le definiera Octavio Paz en un breve ensayo. Aunque...

★ EL TOPICO DE LOS HETERONIMOS.

Aunque, frecuentemente, la atención por el fenómeno de los heterónimos de Pessoa, caso singular, aunque no inédito, en la literatura, se convierte en obstáculo que impide una mejor lectura.

Se habla y se escribe abundantemente sobre ese desdoblamiento en Alvaro de Campos, Ricardo Reis, Alberto Caeiro, etcétera, y sobre las imaginarias biografías que Pessoa les inventó. Se multiplican las divagaciones psicologistas sobre el tema, en interminables variaciones de lo mismo. Se especula con la biografía del propio Pessoa, haciendo juegos malabares sobre su «drama sexual» (?) y sobre las relaciones del alcohol con la creación poética. No tardará alguno de estos críticos psicologistas en proclamar que Pessoa era un junkie, acarreado así la monótona mitología de la droga...

La fascinante cuestión de los heterónimos desvía la lectura de Pessoa al etéreo laberinto de los psicologismos, oculta el placer del texto, impide la percepción de que el atractivo de Pessoa no está en los heterónimos, sino en el hecho de que Pessoa es uno de los poetas contemporáneos más fieles al lema de Rimbaud, que acaso no conocía, «Hay que ser absolutamente moderno».

★ MODERNIDAD DE PESSOA.—Porque, en efecto, para nuestra sensibilidad de urbanitas, Pessoa es algo cercano, nuestro, cuando escribe: «Sin duda es en algún otro lugar donde se pone el sol. Pero hasta desde un cuarto piso abierto a la ciudad podemos pensar el infinito. Un infinito con tiendas debajo, ciertamente, pero con estrellas al fin.» O cuando describe ese «Despertar de la ciudad de Lisboa, más tarde que las otras, / despertar de la Rua do Ouro, / despertar del Rossio, a la puerta de cafés, / despertar. / Y en medio de todo, la estación, que nunca

duerme, / cual corazón que tiene que latir a través de la vigilia y el sueño.»

La poesía de Pessoa es la de la cotidianidad del hombre moderno: deambular por la ciudad, insomnios, amaneceres urbanos; la paradójica soledad de los ciudadanos, un cierto escepticismo donde «todas las cartas de amor son / ridículas—pero donde también «al final, / sólo las criaturas que nunca escribieron / cartas de amor / son ridículas». Una poesía donde se incorporan automóviles, máquinas, tiendas, sin desajustes ni estridencias, al contrario. Pocos poetas contemporáneos han conseguido, como Pessoa, escribir versos tan logrados y de tan dramática reflexión sobre la condición humana, partiendo de un automóvil. «Al volante del Chevrolet, por la carretera de Sintra...», o de un estanco —el poema «Tabacaria»—. En la «Oda Triunfal», por citar otro caso, las modernas máquinas suenan sin los chirridos que los intentos de reflejar poéticamente el maquinismo del siglo XX causaron en otros poetas, por ejemplo, los futuristas, o Apollinaire. En Pessoa el

sonido de las máquinas es poema con toda «naturalidad»: «A dolorosa luz das grandes lampadas eléctricas da fábrica / Tenho febre e escrevo. / Escrevo rangendo os dentes, fera para a beleza disto, / Para a beleza disto totalmente desconhecida dos antigos. / O rodas, ó engrenagens, r-r-r-r eterno! No es de extrañar, para quien conozca las teorías de Roman Jakobson, que este importante crítico haya calificado a Pessoa como uno de los grandes artistas mundiales, visto su dominio del lenguaje, y más concretamente de la aliteración.

Volviendo a los heterónimos, el contraste entre la dramática divagación urbana del ingeniero Alvaro de Campos y el aparente bucolismo, no menos dramático y desengañado, de Alberto Caeiro, ¿no refleja acaso la esquizofrenia del moderno urbanita que los fines de semana huye al campo para descubrir que allí tampoco se siente a gusto, que no encuentra su sitio en ninguna parte?

Fernando Pessoa es el poeta más contemporáneo del siglo XX. O, matizando, uno de los que mejor reflejaron, en contenido e incluso en forma, como hemos visto más arriba, la caótica época en que sobrevivimos. En plena década de los 80, Pessoa es más próximo a nosotros que muchos de los escritores actuales. He ahí la razón de su incontenible «New Wave»...

★ POST-FESTUM EDITORIAL.—Para acabar, cabe decir algo sobre las novedades editoriales, todas ellas anteriores al verano, motivo de este comentario. La «Antología de Alvaro de Campos» (Editorial Nacional) y los «Poemas de Alberto Caeiro» (Colección Visor), constituyen excelentes selecciones —complementarias— de dos de los heterónimos de Pessoa. Bilingües, es decir, con el texto original acompañando la versión al castellano, pulcramente editadas, e incluso redondeadas con una inteligente selección de escritos teóricos de Pessoa.

Punto y aparte merece la revista «Poesía», auténtico vaivén del Ministerio de Cultura. 260 páginas de gran formato y diseño gráfico amorosamente cuidado, repletas de documentos sobre Pessoa, poemas, una aplastante bibliografía, etc., y todo ello por el precio de 500 pesetas, precio que parece incluso barato para tan impresionante producto. Desde luego, el Ministerio se ha quedado con el personal, y no cabe sino desear que la revista «Poesía», nacida durante el mandato del señor Clavero Arévalo, sobreviva largamente a los curiosos vaivenes de este curioso Ministerio y sus no menos insólitos ministros.

A señalar, por último, la eficaz labor de J. A. Lladent, recopilador y traductor de la antología de Alvaro de Campos, y uno de los principales responsables del número monográfico de la revista «Poesía». El cuidadoso trabajo editorial, y el haber inteligentemente subrayado esos aspectos que configuran la modernidad de Pessoa, excusa, creemos, ampliamente las perplejidades que sus traducciones provocan en ocasiones.

Lo que queda claro, con este aluvión editorial de Fernando Pessoa, es que quienes ahora no lo leen, será porque no quieren, no por falta de traducciones. Peor para ellos; no saben lo que se pierden...

Del 26 de septiembre al 12 de octubre

II CERTAMEN DEL LIBRO DE OTOÑO DE MADRID



EL II Certamen del Libro de Otoño de Madrid, que se celebrará del 26 de septiembre al 12 de octubre, ha sido organizado por una comisión de editores, libreros y distribuidores. Cuenta con la colaboración del Ayuntamiento de Madrid, la Diputación Provincial, el INLE y la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid. Se espera igualmente el apoyo económico del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro.

A dicho certamen, que tiene carácter local, sólo asistirán expositores radicados

en la provincia de Madrid.

En el paseo de Coches del Retiro se están instalando las 176 casetas de exposición y venta, cuyo sorteo se celebró el pasado día 4.

Se instalarán además seis ferias periféricas, con diez casetas cada una, en los siguientes barrios: Carabanchel (glorieta de Marqués de Vadillo), Latina (parque de Aluche), Villaverde Alto (paseo de Alberto Palacios), Ciudad Lineal (plaza de Quintana), Chamartín (avenida de Ramón y Cajal, junto a Príncipe de Vergara) y Fuencarral (calle de Santia-

go de Compostela, esquina a avenida de Betanzos).

Entre las manifestaciones culturales y profesionales del certamen, cuyo programa se detallará más adelante, se cuenta ya con la organización de dos mesas redondas: una sobre los problemas de la edición y difusión de la literatura española, con intervención de escritores, editores y libreros, y un debate sobre el libro y los medios de difusión.

La comisión organizadora ha invitado a Su Alteza el Príncipe de Asturias a presidir la inauguración oficial del certamen.

Escribe Julio LOPEZ

El imperativo de la revisión

LA POESIA REALISTA DEL SIGLO XIX (1)

En estos años ochenta recién estrenados conmemoramos (hecho ya comenzado a fines de la pasada década) el nacimiento de numerosos autores del Modernismo, y el 98 y el Novecentismo, que necesariamente dan pie para revisar y poner al día los abundantes lugares comunes de nuestra historia literaria. En la presente ocasión, la conmemoración es doble: por un lado la muerte del poeta Joaquín María Bartrina (1880), adalid de un tipo de poesía realista llamada urgentemente a revisión; por otro, el apogeo, a cien años vista, de una amalgama de tendencias poéticas que coinciden en la segunda mitad del siglo XIX y sirven de tránsito del bequerianismo al modernismo, hoy conocidas de una manera simplista como poesía realista española. Personalmente, y como profesor de literatura española, me siento en la obligación de desempolvar de un mismo olvido a poetas tradicionalmente mal vistos por su filosofismo, su prosaísmo, su antiliterarismo acaso, pero que anticiparon la poesía verdadera con sabrosos hallazgos, casi siempre ignorados, y que, en todo caso, estuvieron en la encrucijada de variadas corrientes poéticas. El haberme ocupado de ellos con algún detenimiento en un librito que aparecerá en la editorial Cincel-Kapelusz el próximo otoño, me supone una feliz oportunidad para llamar la atención al lector de poesía sobre ellos, y para volver a reflexionar ahora sobre sus aportaciones.

El encumbramiento (todavía reciente) de nuestra lírica pura más última, basada en hallazgos estilísticos de primerísima clase (Modernismo y vanguardias) no ha sido (contra lo que se suele pensar) tan exigente como podría esperarse, y así, no se han agotado ni mucho menos las verdaderas raíces de toda la poesía del siglo XX. Donald Shaw, José María de Cossío, por citar a dos conocidos estudiosos de la época realista en la poesía, coinciden cuando señalan la variedad de corrientes de este tiempo: residuos de romanticismo, en sus heces líricas peor digeridas, y en su vertiente histórica, llamada a ser fecunda en el fin de siglo; el clima posbequeriano, precedido por muchos de estos autores y secundado por otros (en su mezcla íntima de importación germánica y tradición popular); y sobre todo, un conceptismo extraño de la tradición conceptista española, y en parte producto de una contaminación filosófica y científica bien propia del siglo XIX. De esta mezcla definitiva de materiales resultan poetas que anticipan la estética modernista, la vuelta a los poetas primitivos, e incluso se adelantaron a Bécquer en muchos casos. Pero su fecundidad ignorada no es sólo su tarjeta de presentación: a cualquier lector de poesía, o de literatura en general, le interesa saber cuál era la composición de esta extraña poesía, y cuál su porqué. De los poetas que examinaremos, la mayoría no son demasiado leídos, ni siquiera conocidos; pero ellos son acaso los más significativos. Los muchos otros nombres de Ventura Ruiz Aguilera, Manuel del Palacio, Emilio Ferrari, José Velarde, quedan en un segundo plano de importancia, aunque no de contribución a una época más fecunda de lo que a menudo suele creerse.

CAMPOAMOR

La repugnancia que pueda provocar este personaje de la literatura, que desempeñó (y de ahí una fuente de su poesía) cargos diversos como gobernador y académico de la Lengua, viene desmenuzándose desde hace algún tiempo (por parte de los estudiosos del modernismo, que cada día son más) cuando se contrasta la premonición de la lírica de Bécquer en muchas páginas de Fábula (1842) e incluso de Ternezas y flores (1840). Hoy, todos sabemos que Azul (1888), de Rubén Darío (y Rubén Darío en sí) no hubiera existido sin la aportación campoamorina; afirmación que debe extenderse a Antonio Machado. Pero, ¿cuál es la naturaleza de dicha aportación? Sintetizarla no es fácil: por un lado, una variedad de metros excepcional, sabiamente combinada (salvo cuando, como todos sabemos, incurre en el ripio) como resto de una formación romántica. Por otro lado, la ironía distanciadora que proporciona un resabio de amargura al servicio del más descarado escepticismo, ese tipo de mentalidad que, según aseguraba Manuel de la Revilla, era connatural al siglo XIX; y sobre todo, un conceptismo expresivo que va de la divagación parafilosófica al manejo de los temas hogareños y familiares (todo un anticipo del unanimismo del siglo XX y de tanta poesía «arraigada» coetánea y posterior a la generación de 1936). Naturalmente, el entredicho en que se ha puesto hasta hoy a la poesía de Campoamor proviene, a menudo, de su carácter apotegmático, sentencioso, que llega a la máxima y al refrán (como, según se ha dicho, proveniente de cierta «poesía mural» o inscripción), de manera que su intención «depuradora», que conduce al apartamiento de la lírica y acerca al Código Civil, por decirlo de una manera gráfica, es lo que nos produce esa sensación de prosaísmo pedestre. En otras palabras, frente a la inspiración, Campoamor oponía la precisión utilitarista del lenguaje. Ello, sin embargo, no fue obstáculo para su legado posterior. Su otra gran aportación consistió en «inventar» unos semigéneros (Dolora, Humorada, Pequeño Poema) que más que géneros propiamente, eran en realidad fruto de la atmósfera denominativa de la época («rimas», «fábulas», «baladas», «elegías», etcétera). Desde Dionisio Gamallo Fierros hasta Ricardo Gullón pasando por Dámaso Alonso, se ha considerado

decisiva la influencia de Campoamor en la génesis de las Rimas (1871), de Gustavo Adolfo Bécquer.

NÚÑEZ DE ARCE

La aportación literaria de Gaspar Núñez de Arce a una época de transición y encrucijada es, si cabe, mayor que la de Campoamor en cantidad (acaso no tanto en calidad). El no determina de una manera tajante la irrupción de la lírica verdadera, pero se erige en verdadero receptáculo de corrientes y tendencias de todo tipo. Desde el romanticismo, tanto narrativo como lírico, hasta el escepticismo realista de factura campoamorina, Núñez de Arce recorrió durante los años setenta y ochenta del siglo XIX, principalmente, todas las posibles variantes de la poesía decimonónica.

SUELE considerarse «Gritos del combate» (1875) como la más alta cima de su producción, e indudablemente tiene facultades para ello: una factura netamente esproncediana, digna de los mejores tiempos románticos; se trata de un gran poema narrativo que combina, con gran diversidad de metros, materiales líricos, filosóficos y narrativos, que se aderezan con el tono patrioterista de un Quintana o un Cienfuegos. Si excluyésemos este tono (cosa no posible en ningún poeta romántico, prerromántico o posromántico) tendríamos que reconocer a Núñez de Arce como sólido versificador y ambicioso poeta narrativo de su tiempo. Otros grandes poemas narrativos tiene, como «La selva oscura» o «La última lamentación de lord Byron», ambos de 1879. Pero allí donde la importancia de Núñez de Arce pasa de aportación para llegar a anticipación, es en sus libros mayoritariamente llamados (por Cossío, Calvo Sanz y otros) realistas, y por ende, de gran pobreza expresiva. Se trata de «Un idilio» (1878), «La pesca» (1884) y «Maruja» (1886). Pero como la historia de la literatura no es una colección de datos o fechas, sino el resultado de un análisis de textos literarios, el lector podrá juzgar por sí mismo sobre los valores de un fragmento del primero de los libros citados:

«Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrías laderas crece,
y entre las ondas de la mies madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.
Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apenas la mirada alcanza,
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.»

El libro, que contiene muchos momentos claramente premodernistas, además de los puramente narrativos o descriptivos, ¿no nos está anticipando en las estrofas transcritas la estética machadiana del paisajismo trasfigurado, la sobria riqueza de procedimientos expresivos, y hasta la catadura ideológica del fin de siglo? Así son los poetas «realistas» denigrados todavía. En el próximo capítulo, el lector volverá a encontrar nuevas sorpresas en nuevos poetas que olvidaba, despreciaba o ignoraba.



LA PIPA SAGRADA

de Alce Negro y J. E. Brown (Editorial Taurus). Nos encontramos ante un ejemplar de una nueva y desgraciadamente irregular colección de Taurus, titulada «Biblioteca de estudios tradicionales» y encaminada a editar textos fundados en la tradición espiritual de pueblos antiguos y primitivos desde el punto de vista de la «unidad trascendente de las religiones». El citado trabajo, uno de los más interesantes de la nueva colección, recoge, por vía directa, los recuerdos y saberes espirituales del jefe sioux de la tribu dakota, Alce Negro, quien convivió con personajes legendarios como Caballo Loco, Toro Sentado y viajó por Europa con Buffalo Bill. Eslabón último de una cadena espiritual, cuyos saberes los indios se habían abstenido de divulgar, el libro no carece de similitudes con el ya clásico conjunto de libros de Castaneda.

EUROPA EN EL SIGLO XVIII. LA ARISTOCRACIA Y EL DESAFÍO BURGUES

de George Rudé (Alianza Universidad). La Revolución Francesa, pese a su evidente trascendencia histórica, absorbió en demasía las significaciones y líneas evolutivas del siglo XVIII. Este libro, que se abre con un examen de la situación social (demografía, comunidad rural, ciudades, clases de la época), política (sistemas de gobierno, relaciones entre Iglesia, Estado y sociedad) y cultural (la Ilustración y las artes) trata de poner en contacto las tendencias continuistas y estables del período, con los grandes choques y conflictos entre los diversos estados y las facciones y grupos opuestos de cada estado, con el fin de llegar a una comprensión sintética y compleja de la época.

TRABAJOS ELEMENTALES SOBRE LA ESCUELA PRIMARIA

de Anne Querrien (Ediciones La Piqueta). Son ya numerosos los trabajos encaminados a la investigación teórica y práctica de alternativas a la pedagogía dominante y a su instrumento crucial, la escuela. La discusión, que alcanza ya a la práctica totalidad del estamento enseñante, se agrava por el hecho del lazo inmediato que hay entre la crisis de la escuela y la crisis general de civilización que sufrimos. Con prólogo y epílogo de Julia Varela —que establecen el paralelo entre la genealogía de la escuela primaria francesa tratada en el texto central y la escuela primaria española—, el punto central del libro de Querrien estriba en negar la falsa dicotomía entre «escuela pública» y «escuela privada», que ha aglutinado excesivos esfuerzos y polémicas.

REVISTA ARBOR

Junio de 1980 (editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Estudios: V. Abril Castelló: «Los derechos humanos en la encrucijada mundial del 1600»; J. L. Caramés Lage: «La antropología lingüística y su aplicación en el estudio de la literatura»; A. Dueñas Martínez: «La fama de Juan Valdés en Inglaterra». Temas de nuestro tiempo: S. Rióperez: «MI visión de Azorín»; A. Moreno: «Las relaciones de la ciencia y la filosofía»; R. García Mateo: «H. G. Gadamer, filósofo de la hermenéutica». Notas: L. Pereña: «Convivencia y educación democráticas»; J. R. Riviere: «La nueva India de Indira Gandhi»; Luisa Capecci: «La selva oscura: un mito de Dante»; A. González Morales: «Ross Mac Donald, un grande de la novela policíaca». Libros: secciones dedicadas a publicaciones de lingüística, literatura, religión, ciencias y arte.



LA UNIDAD DE EUROPA Y LOS NACIONALISMOS

de J. L. de Simón Tobalina (Colección Drácona). Fundador y presidente, en alguna etapa, de la Asociación Española de Cooperación Europea, el autor propone un nuevo examen del pasado y del porvenir de la vieja idea de «integración europea». Tras analizar la evolución histórica de la «idea europea» —la aparición del vocablo «europeo» en la obra de un monje español hacia el año 732, para pasar en seguida a la época de las guerras mundiales, la creación de la CEE, el fracaso de la integración militar, los resurgimientos nacionalistas de nuestro siglo y los hombres y movimientos que trabajan por la unidad europea— examina el autor el porvenir de esta esperanza a la luz de las tesis de sus principales teóricos franceses: De Gaulle, Schuman, Jean Monnet. El principio federativo apunta como solución más armoniosa. Decía De Gasperi que el ideal sería que Europa llegase a ser una gran Suiza.

NARCISISMO Y CULTURA MODERNA

de Richard Sennett (Editorial Kairós). O el libro está mal traducido o sus tesis son excesivamente oscuras. Queda claro que a tiempos nuevos, neurosis nuevas, y que los síntomas predilectos de nuestra época son los que ya denunció Nietzsche y que, descritos por Sennett en sus expresiones más afortunadas, son: «no puedo sentir» y «el exterior no me estimula»; o lo que es lo mismo: «uno no vale nada y en el exterior no hay nada que valga la pena». Una nueva terapia y un intento de establecer una teoría de la psique, a partir de estos síntomas, constituyen la osadía de una Escuela Psicoanalítica de Chicago. El eje de su praxis terapéutica estriba en una intervención ética del psicoanalista tratando de que el paciente acceda a la distinción yo/otro, puesto que los antes citados síntomas indican el carácter endémico de un nuevo narcisismo. ¡Liosísimo!

VIDA Y OBRA DE FRANCISCO FERRER

de Sol Ferrer (Luis de Calzador Editor). El 13 de octubre de 1909, Francisco Ferrer y Guardia fue fusilado en Montjuich. La acusación, sostenida en el testimonio de falsos testigos, fue: ser jefe responsable de los levantamientos catalanes que dieron lugar a la «semana trágica». El libro está constituido por la tesis doctoral defendida por Sol Ferrer en la Facultad de Letras y de Ciencias Humanas de París sobre «El pensamiento político y social de Francisco Ferrer». La primera parte del libro presenta, sin embargo, el marco histórico y social en el que Ferrer, republicano, socialista, librepensador y, ante todo, fundador de la escuela moderna, basada en la enseñanza laica, actuó a principios de nuestro siglo. Pese a la publicación de sus teorías pedagógicas y sociales, Ferrer ha seguido siendo más conocido por la polémica internacional que desató su injusta muerte que por su obra. Su hija, autora del libro, trata de rescatar tanto las importantes novedades teóricas inauguradas por su padre como de insistir en la injusta condena que le convirtió en chivo expiatorio de la rebelión catalana.

Escribe Juan ARANZADI

ETICA Y RAZON

Según la indefendible leyenda escolar que divide la filosofía griega en tres periodos (cosmológico, ontológico y antropológico-moral), que culminarían en la síntesis de Platón, Sócrates sería el responsable de que los asuntos morales empezaran a someterse al tribunal de la razón, el iniciador de una ética racional.

Si tenemos en cuenta que la reflexión socrática se halla enormemente influida por la crisis de la democracia ateniense, y que lo que caracteriza precisamente a la Ilustración Sofística que fundamenta ideológicamente la Democracia de Pericles es la renuncia a toda otra apoyatura que la Razón, aplaudiremos la oportunidad de la reedición de un libro de Toulmin sobre «El puesto de la razón en la ética» (1) cuando la non-nata democracia española busca balbuciente su primer llanto y la razón brilla por su ausencia a la hora de afrontar problemas éticos de la envergadura del terrorismo, el divorcio o el aborto.

MISERIA Y UTILIDAD DEL ANALISIS

LA lectura de los filósofos morales ingleses, en especial de los más furibundamente analíticos, produce siempre la impresión de que los problemas éticos más graves que afrontan los británicos son el respeto a las señales de tráfico o el pagar puntualmente una cuenta de librería; y uno sospecha si la necesidad e insignificancia de los ejemplos escogidos no tendrá algo que ver con la blandura de las teorías que ilustran. No se libra de esa sensación el libro de Toulmin, a pesar de los antecedentes del autor como desbloqueador del empobrecimiento analítico de Wittgenstein y furibundo crítico de las abusivas pretensiones de la razón positiva; pero quizá en este caso, la deliberada sumisión al más rastroso sentido común resulte positiva, al ilustrar hasta a nivel de estilo la modestia del papel que la razón puede razonablemente solicitar en la ética.

Papel modesto, pero real y efectivo. Toulmin insiste tanto en lo uno como en lo otro, contra las contrarias pretensiones de las teorías objetivistas, subjetivistas e imperativistas de la ética que, al considerar los juicios morales bien como basados en cualidades objetivas, bien como meros índices reveladores de los sentimientos y actitudes del sujeto, bien como formas disfrazadas de órdenes o de retórica únicamente encaminadas a persuadir o forzar, elevan a esencial y necesario un rasgo coyuntural y contingente, pasando por alto lo más importante, los usos del

razonamiento al afrontar habitualmente los problemas morales, la búsqueda de «buenas razones» para actuar y la consiguiente existencia de criterios discriminatorios entre buenas y malas razones para ello, entre lógica e ilógica del comportamiento moral.

USOS CIENTIFICOS Y USOS ETICOS DE LA RAZON

Toulmin evita que su búsqueda de una ética racional incurra en la tan denunciada falacia naturalista (que transita indebidamente del «es» al «debe»), en base a un análisis de los usos científicos y éticos de la razón, inspirándose en el último Wittgenstein de los «juegos del lenguaje» como «formas de vida», no pierde nunca de vista la inserción de la lógica en la vida y la función diferente que desempeñan los diversos usos de la razón por los hombres. Quizá lo más interesante e instructivo del libro sea su parte central, dedicada a «El razonamiento y sus usos», en la que se resumen algunos resultados de otro libro suyo (2); en ella, a la vez que ensancha el ámbito de la razón más allá del estrecho cauce lógico-empírico en que la habían recluido los neopositivistas, desabsolutiza y desontologiza la ciencia, mostrando las diferencias entre científico y verdadero y marcando los límites del uso científico de la razón, sin caer por ello en la afirmación de ningún camino regio hacia la «Realidad», hacia una realidad tan diversa (compuesta de tantas «realidades») como diversas son las actitudes y expectativas de los hombres: «La realidad», en un modo especial

de razonamiento, dice Toulmin, tiene que entenderse como «lo que es pertinente (para los fines de esta clase de argumentación)» y «la mera apariencia» como «lo que no es pertinente (para estos fines)». Y puesto que estos fines difieren de un caso a otro, eso quiere decir —digamos, por ejemplo—, que «la realidad estética» puede ser, sin embargo, para la Física «mera apariencia», y viceversa.

FUNCION Y LIMITES DE LA ETICA

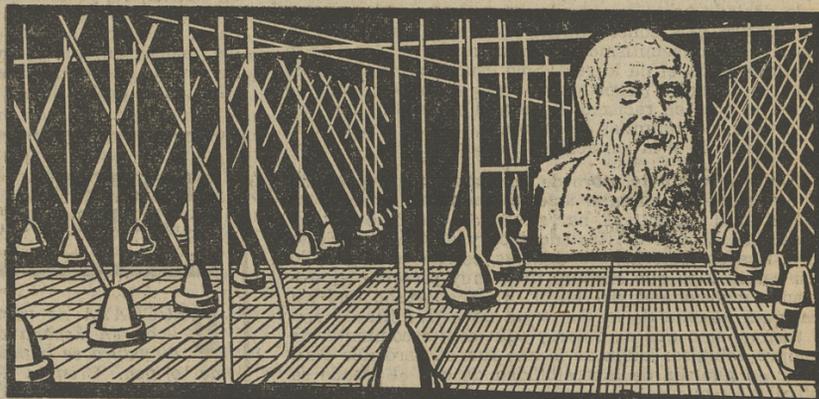
Por el mismo camino van sus análisis del uso ético de la razón, diferente al científico como diferente es su función: modificar las predicciones en el caso de la ciencia (reducir lo inesperado a esperado y previsible), modificar las opiniones y conducta en el caso de la ética. A partir de un análisis más detallado de la función de la ética («correlacionar nuestras opiniones y conducta de tal manera que se haga compatible el cumplimiento de las intenciones y deseos de cada cual en la medida de lo posible») y su división en dos etapas (deontológica y teleológica) establece Toulmin dos criterios lógicos de validez de un razonamiento moral: la deducibilidad del comportamiento individual a partir del código moral socialmente aceptado cuando tal cosa es posible, y la atinencia razonable a la función de la ética (la disminución de males

y conflictos) en caso de conflicto aparente entre diversas normas del código o en los terrenos ambiguos y equívocos.

Más interesantes que estas conclusiones, ciertamente bastante pobres (pero interesantes justamente por lo pobres), son tres consideraciones estrechamente ligadas a ellas; que sólo caben discusiones éticas racionales en el interior de una comunidad que se autoconsidera y reconoce como tal, que la elección entre códigos morales diferentes remite a la comparación de formas de vida como conjunto («Y esta comparación es privada como la que más, lo cual quiere decir no que no se pueda razonar sobre ella, sino que, razónese lo que se quiera, la decisión final es personal») y que el problema de la justificación racional de toda la ética (como el de la justificación racional de toda la ciencia) carece por completo de sentido y remite, como la discusión entre códigos, a «preguntas-límite» que rebasan el ámbito de la ética o la ciencia para ingresar en otros terrenos como la religión.

Aunque la cosecha del libro pueda parecer un tanto magia, su lectura es muy recomendable para tanto político y publicista como en este país confunde sus creencias y sus caprichos con sus razones y cree estar hablando de ética cuando no hace sino mala retórica, peor lírica y destestable policiaca.

(1) S. Toulmin: «El puesto de la razón en la ética» (Alianza Universidad).



Puerta para una "Asamblea de máscaras" (PREMIO CIUDAD DE MELILLA)

REQUERIMIENTOS de amistad a los que, gustoso, me allano hacen que me enfrente a mi nuevo libro de poemas cuando éste aún me pertenece, pues continúa inédito. Por la pendiente rápida de la prosa he de objetivar para los lectores esa todavía nebulosa intuición central de que brotaron, a lo largo de estos tres últimos años, los textos poéticos de «Asamblea de máscaras». Nada más parecido a un ejercicio de prestidigitación, en el que el prestimano ofreciera, a un tiempo, truco y explicación: un poema por aquí, otro por allá, y, al cabo, la liebre poética, vivita y coleando ante los airados ojos del lector. Pero ¿qué remedio? Descorramos el tupido entramado de mis pertinentes máscaras con esta penúltima de mi autoglosa.

DEBO decir, en principio, que los textos de «Asamblea de máscaras» se resuelven en un juego dialéctico de contrarios alrededor de un tema único: la identidad personal del ser humano y su vivir para la muerte. Esta meditación poética —en ningún caso filosófica— plantea una serie de situaciones objetivadas, vivas merced a la palabra alienante, que el discurso poemático intenta resolver, o acaso sólo connotar. El término español «máscara» alude precisamente a un doble rostro, a una doble personalidad. Cada persona

piensa ser de una manera, bien distinta, por cierto, a como le piensan los demás. Por otra parte, el ser humano, sea como fuere definitivamente, tampoco permanece siempre el mismo, unas veces forzado por la presión de las convenciones sociales, políticas o morales; otras, zarandeado por su antitético yo, que le obliga a comportarse o manifestarse de modo diferente a lo que sus convicciones le imponían.

CON lo dicho espero hayan quedado enunciadas las dos líneas maestras —reacción ante la convivencia social, reacción ante la constante mudanza del yo íntimo— que vertebran el libro. Excuso, por no cansar, el referirme detalladamente a los subtemas, esos pequeños canales por donde surge y se diversifica el alucinante, al menos para mí, tema único.

ALUCINANTE he escrito. Cuando decidí componer esta «Asamblea de máscaras» lo hice casi hipnóticamente atraído por la fuerza y la virtualidad poéticas que el tema entrañaba, pese a ser tan viejo como el mundo, y tal vez por ello necesitado de revisión continuada. Desde esa perspectiva, cosas y personas, personas y cosas centellean en su cambiante ser, en su oculta y sugerente identidad

como inescapable señuelo de su expresión poética. Por ese «borroso laberinto de espejos» me arriesgué, supongo que con varia fortuna, dado lo peligroso de la aventura. Pero el libro, el trabajo, baldío o no, que ese sería otro cantar, quedó en claro. Nuestro mundo fue constatado nuevamente por la poesía.

ALGO más habría que añadir a este rápido y casi dogmático autoanálisis para que no resulte cojo de intenciones aclaratorias. Cabe delimitar el balance moral —positivo o negativo— de ese proceso de psicología quirúrgica a que se atreven los poemas de «Asamblea de máscaras». La conclusión, cruda, por razonada coherencia, es negativa en primera instancia: somos todos una gente más bien rara, dispuesta a jorobar y a jorobarnos lo más refinadamente que podamos, y encima nos hacemos viejos, no sabemos quiénes somos ni quiénes son los demás, y generalmente nos morimos todos que es un gusto. Si, sí, la purísima miseria humana. La miseria moral de nuestra planetaria asamblea, sobre cuya inanidad vierten, en segunda instancia, alguna suave luz esperanzadora las cargas expresivas de determinados textos del libro, por vía ascética de comunión entre los hombres, o por la más expeditiva de la sátira personal e intransferible.



DUO en referirme a la cobertura formal de «Asamblea de máscaras». Acaso convenga determinar que el libro se desenvuelve en la absoluta libertad del verso, y que las tres partes de que consta se ordenan al contraste dialéctico al que antes aludía.

SI admitimos, para entendernos, lo de que un autor escribe durante toda su vida sólo un libro, pero repetido y renovado en cada libro nuevo, esta «Asamblea de máscaras» tal vez haya encontrado la mejor forma posible de mi libro único, la menos provisional —no digo la menos caduca— y la, por ahora, más necesaria, por cuanto necesité verbalizar sus contenidos latentes de manera nueva y actual para mí.

Mariano ROLDAN



Escribe
Leopoldo AZANCOT

LA DENUNCIA DE POLIAKOV

CONSAGRADO desde hace treinta y cinco años a historiar el racismo y el antisemitismo, León Poliakov es considerado hoy como una de las máximas autoridades internacionales sobre el tema. Su Historia del antisemitismo, de la que acaba de aparecer en castellano el segundo volumen, *De Mahoma a los marranos* (Muchnik Editores), probará al lector de aquí que ese prestigio no es usurpado.

¿Por qué haber comenado la publicación de esta obra importante en media res? Sin duda, porque el volumen en cuestión se encuentra casi íntegramente dedicado a crónicas las persecuciones antijudías en España, lo que, de inmediato, sitúa el debate en el centro mismo donde debe de ser planteado: en la conciencia de todos nosotros, herederos de una tradición de intolerancias cuyas oscuras raíces Poliakov saca a la luz. Pues no se piense que el presente libro, a pesar de su carácter de obra de arte divulgación, contemporice con las coartadas morales tan a menudo puestas en juego en España para minimizar seculares culpas: su autor osa encarar la cuestión con el debido radicalismo, denunciando el hecho —interesadamente dejado de lado hasta por un Américo Castro— de que fue en nuestro país concretamente donde, a finales del siglo XV, el antisemitismo se deslizó desde el plano de lo religioso hacia el de lo real. Sólo asumiendo un dato de tan trascendental importancia —que el antisemitismo se convirtió aquí en racismo— podrá el español de hoy hacer frente con garantías de éxito a la tarea impostergable de eliminar de sí la tentación del odio al judío.

El mayor valor del libro de Poliakov estriba, para mí, en que aúna con singular acierto una documentación sólida y dotes expositivas, narrativas, del mayor atractivo. Nada más alejado del tratado seco y aburrido que este obra, rica en historias y anécdotas, escrita con un estilo casi periodístico que siempre tiene muy presente las exigencias emocionales del lector. Y es oportuno que así sea, pues aquella de lo que trata no está erigido por el tiempo, sino que es dolor y sufrimiento comunitarios siempre actuales: habla de lo que fue, sí, pero sólo para poner en guardia de la posibilidad de que el pasado se actualice, y nuevas víctimas se sumen a las incontables de ayer.

El libro lleva un prefacio mío en el que expongo algunas ideas sobre el antisemitismo que molestarán beneficiosa mente a muchos, haciéndoles reflexionar sobre la cuestión. Así, la de que el antisemitismo es una creación exclusiva del cristianismo, y la de que el racismo antijudío se origina ya en el Evangelio de San Juan; o la de que la izquierda actual enmascara su antisemitismo con el antifaz del antisionismo. Que tales afirmaciones puedan ser hechas en el umbral de un libro como *De Mahoma a los marranos*, indica que éste no es una obra académica, sin conexión con la vida presente, sino un desafío apasionado a las fuerzas de la opresión y una incitación a que todos abracemos la causa de la justicia.

Viajeros románticos

DON JORGITO, EL INGLES

LA falta de sentido del humor que caracteriza a tantos españoles ha sido causa de que los relatos de viajes por España de los escritores románticos, ingleses y franceses sobre todo, no hayan encontrado aquí el eco merecido. Y es lástima, pues entre esos escritores los hubo de primera categoría, y con obras fascinantes. Así, *Los zingali* (Los gitanos en España), de George Borrow, que, en excelente traducción de Manuel Azaña, publica ahora Ediciones Turner —una de las editoriales españolas con programa más coherente, en cuyo catálogo figuran ya, junto a obras importantes de otro tipo, varias, apasionantes, sobre nuestro siglo XIX, como la que ahora nos ocupa.

Dejando aparte el hecho de que el amor propio nacional pone en entredicho todo lo que sobre España se escribe en el extranjero, yo creo que la incompreensión con que tradicionalmente han sido recibidos entre nosotros libros como *Los zingali* se debe a la falta de ideas claras acerca del género en que se escriben. En efecto, la obra de Borrow no es un tratado etnográfico ni pretende serlo; se sitúa en la órbita de ese ensayismo cuyos títulos de no-

bleza se remontan al *Explorando toda la isla de Gran Bretaña*, de Daniel Defoe, si no más atrás. En ella, lo observado y lo imaginado se mezclan de modo inextricable, potenciándose mutuamente, siendo ésta la paradójica razón de que pueda seguir siendo leída con placer y provecho muchos años después de que trabajos con mayores pretensiones científicas hayan perdido a manos del tiempo todo valor y sentido.

Recomiendo, pues, con viveza, el conocimiento de la presente obra de Borrow. En ella se encontrará un reflejo, enriquecido por la fantasía y por el sentido del exotismo, de la vida española a principios del siglo pasado; multitud de anécdotas y de historias signadas por el genio de un charlista de excepción; retratos de personajes a los que el arte del autor dota de un trasfondo novelesco; y sobre todo, un inimitable modo de narrar que suscita encontradas emociones, que provoca de continuo la sonrisa irónica, y unas refinadísimas técnicas dialogales puestas en juego para velar y ocultar verdades de precio. Los zingali, como puede deducirse de lo que antecede, es uno de esos raros libros cuya lectura proporciona un placer constante, sin desfallecimientos.



RECUADRO HISPANOAMERICANO

URUGUAYA de nacimiento, exiliada en España desde que la dictadura se impuso en su país de origen, Cristina Peri-Rossi, a quien debemos alguna traducción memorable, ha destacado por igual en los campos de la poesía y de la narrativa. A este último pertenece *«La rebelión de los niños»* (Monte Avila Editores), colección de cuentos que tengo por importante y por digna de ser leída y releída por aquellos a quienes desvela la situación presente de las letras latinoamericanas.

Lo que para mí singulariza a los relatos de Peri-Rossi dentro del

panorama actual de dichas letras es el modo como ha acertado a conciliar las exigencias —para los más, contrapuestas— de lo específicamente artístico y del compromiso político. Su éxito al respecto se asienta, pienso, en que es, al mismo tiempo, una verdadera artista y una verdadera mujer de izquierdas, lo que no resulta frecuente —por supuesto, tampoco entre los hombres—. Y es que resulta muy fácil, aun al más reaccionario de los autores, vehicular un mensaje con apariencia revolucionaria, pero no coincidir que el medio coincida con el mensaje. Esto queda para los auténticos escritores de izquierda, como Cristina

Peri-Rossi; es decir, para aquellos en los que el progresismo no se limita al plano de las ideas, sino que encuentra fundamento en toda una postura ante la vida, simultáneamente conceptual, pasional, sentimental y vital; espiritualmente carnal, en suma.

Admirables de sensibilidad y fuerza, los cuentos aquí reunidos consiguen fundir lo individual y lo colectivo, convertir la belleza y la perfección del estilo en un arma, mostrar el mundo y los seres que lo pueblan en conflicto con lo innecesario regresivo, hostilizados por la injusticia, sedientos de futuro.

EL VERDADERO COMPROMISO

Escribe
Matilde
BIANQUI

POR LA DANZA

NO hace todavía dos años que fuimos invitados al estudio de Mariemma, en la calle Reina Victoria, cedido gentilmente para los primeros pasos de lo que iba a ser el Ballet Clásico Nacional.

A los pocos minutos nos llamó la atención un bailarín: posiciones altas, gran expresividad, inspiración, veterania: era Víctor Ullate. Y dirigiendo el grupo incipiente, alguien que sabía lo que tenía entre manos: era Carmen Roche. Después vino la tenacidad, el trabajo, la sede del viejo Hospital Provincial, las dificultades. Ahora, con bastante naturalidad, está llegando el triunfo, si es que el concepto de triunfo puede significar algo que no sea el hallazgo en la diaria y maravillosa fugacidad de la danza: triunfo como logro, como búsqueda, y, sobre todo, como esperanza.

Esta España que tanto ha

baillado y tanto ha cantado. Esta España de poetas anónimos cabalgando por los cuatro puntos cardinales, y de poetas en la boca de todos, y de otros con todo su nombre a cuestas, se enfrenta ahora con esta realidad. Ya tenemos el Ballet Clásico Nacional que tanta falta nos venía haciendo. Tenemos un conjunto de danza y de orientación. Víctor Ullate, enseñado por Maurice Béjart, viene desde muy lejos.

PERO vayamos al espectáculo del martes último. Estaba el camino trazado, o sea, esa orientación imprescindible: el constante proceso de actualización de la

danza. Como si ésta pasara revista a épocas y coreógrafos. En cada obra subyacía la escuela clásica, la moderna, la vanguardia y hasta la popular, terreno éste que debe ser atendido por el conjunto. De modo que el *«Actus Tragicus»* de Bach-Béjart, con que se abrió el espectáculo, la *«Cantata 51»*, de Bach, pasó del aire de capilla a lo clásico; al toque modernista impuesto tantas veces por Balanchine, rozando también el aura romántica en los encuentros de la pareja. Un aura fúnebre, de acuerdo con el texto musical, pero al mismo tiempo una obra románticamente actual, muy bien bailada por Ullate, Julia Olmedo y los demás bailarines. Tal vez en este hallazgo, en este devenir a través de los tiempos y los estilos, radique el valor primero del ballet español. A partir de los primeros momentos, los bailarines se fueron afirmando hasta re-

dondear la obra. El *«Paso a dos en Blanco»* con música de Saint Saens y coreografía de Ullate, muy bien iluminado en diagonales de luz cruzada, trajo a la pareja eterna desde el Hades al encuentro cotidiano; danza sostenida o gimnasta, como quien va viviendo; danza como rito. Porque de alguna manera el baile es siempre un rito, y esto lo asevera y demuestra Béjart y su escuela. El *«Paso a dos en Blanco»* pudo parecer una suma, pero fue una síntesis. Y también ahí estuvo su aporte. Excelentes Elena Sánchez y Wisulstschew. *«Posesión»*, de Alain Louafi, junto con el *«Paso a dos»* fueron lo más llamativo de la noche, ya que conocíamos y comentamos ya el célebre *«Pájaro de fuego»*. Excepcional Julia Olmedo en su *«morceau de bravure»*, que se desarrolló sin tregua, de lo místico a lo popular y a lo moderno. Una mujer ama de

manera satánica, una sor Juana de los Angeles, como si fuera la protagonista de las cartas escritas por la monja portuguesa en la obra de Ega de Queirós; una mujer que baila y dice un texto como apoyo o monodia: *«Vivo sin vivir en mí / y sin Dios vivir no puedo, / muero porque no muero...»* Olmedo dijo y bailó como un castigo o más bien un desafío; gran creación donde la voz se unió a los ritmos y por un momento al zapateo popular. Las manos de la bailarina, independizadas, eran un tic, una apoyatura. Y luego el gran final: cabeza alocada de marioneta y dedo acusador contra sí, pero contra el mundo. Un trabajo coreográfico donde rastreamos el estilo de la chilena Ana Itelman; por ejemplo, en la coreografía que le puso a la inolvidable *«Bernarda Alba»*, con música de Surrinach. *«Traversée»*, de Schubert y Olivier Perriguy, se sumó a los ha-

llazgos del conjunto, que, como en el caso de la *«Cantata»* de Bach, transitó desde lo existencial del hombre, desde el aire de religión que también a veces viene de la mano, donde Carmen Molina y Alcega fueron excelentes. Anotamos alguna posición de brazos reiterativa, como si casi todas esas posiciones vinieran de la Consagración de la Primavera, arrancando posturas prehistóricas o más bien primitivas.

EL pájaro de fuego fue ya comentado. En la noche del miércoles último, Ullate alcanzó una dimensión distinta; hubo en él como una expresión que conocíamos, pero que no debemos pasar por alto: un aire de inocencia y de fuerza, como también se proyecta en el grupo. El próximo programa se estrena el día 30. Madrid y España deben seguirlos y apoyarlos.

Escribe José L. MORENO-RUIZ

DE LA INOCENCIA A LA COMPLICIDAD

ESCH o la anarquía (1) es una novela de Broch más que desconocida, aunque su edición española data de 1977, y parece conveniente hablar de ella ahora que el autor goza de cierta y merecida fama entre los lectores españoles, gracias a la reciente aparición de su extraordinaria obra «La muerte de Virgilio».

NACIDO en 1886 en Viena, judío, tuvo que exiliarse en los Estados Unidos, país en el que falleció en 1951, para ponerse a salvo de la persecución que sobre él desatara la Gestapo. Ensayista, matemático, filósofo, gran conocedor de la teoría psicoanalítica es precisamente en la literatura o mejor dicho en la creación literaria donde demuestra un talento que probablemente sólo encuentra parangón en el de otro judío ilustre de la literatura alemana: Elias Canetti.

ESCH o la anarquía es la segunda obra de una trilogía que, bajo el título de los sonámbulos (1932), contenía también las obras Pasenow o el romanticismo y Huguenau o el realismo. Después publicaría La muerte de Virgilio (1945) y Los inocentes (1954).

EN la obra que nos ocupa, Esch, un empleado que sueña con emigrar a América, lugar que supone para él la libertad, la inocencia perdida del hombre (inevitable acordarse de la película América, América, de Kazan), se verá envuelto por la sospecha de que las injusticias y la realidad sean una misma cosa, lo cual le lleva a un constante enfrentamiento con quienes le rodean (redactores de un periódico socialista, trabajadores, policías y empresarios) a los que mete en un mismo saco: No hay nada que hacer, decide, y pasa a convertirse en un sujeto que monta un negocio espúreo con individuos espúreos que le sirven de socios, y que al final acabará matrimoniándose con una vieja tabernera de cara repugnante y cuerpo blando, la cual, avara, una mujer de orden que cuando le conociera no aprobaba sus escarceos socialistas, una mujer que a la vista de un libro pregunta «¿qué es eso?», le conferirá esa horrible seguridad, ese pensamiento de que el orden establecido nada podrá hacerle porque forma parte de tal orden, de las llamadas «mayorías silenciosas».

ASI pues, la obra resulta todo un muestrario de gentes y situaciones que propiciarían la ascensión nazi al poder. Los socialistas (o anarquistas como también les llama el autor) no son más que débiles componentes de una fuerza débil a la que siempre acaba seduciendo la burguesía y, por supuesto, la patronal. Si la seducción tarda en producirse, será la Policía quien se encargue de convencer a los remisos. Y nadie ni nada, ni siquiera la inocencia y el deseo de justicia de Esch, avivará la llama que debería arder en las intenciones de quienes eran compañeros de un obrero detenido por luchador en el transcurso de una huelga.

«Es un hombre simpático, amable, asequible —explicó el redactor con énfasis—, un excelente hombre de negocios con quien, a pesar de todo, se puede convivir».

«¿Le gusta a usted convivir con alguien que se entiende con la Policía?»

«¡Por todos los santos del cielo! Es más que natural que los empresarios colaboren con la Policía; si nosotros estuviéramos arriba, también actuaríamos así...»

«¡Bonita justicia! —replicó Esch con indignación—

«El redactor levantó las manos en un gesto de alegre resignación».

«¿Qué quiere usted? Así es el orden legal del mundo capitalista. Hoy por hoy debemos preferir un consejo de administración que procure mantener la empresa en marcha que uno que la lleve a la ruina. Si de ustedes dependiera, se metería en la cárcel a todos los jefes de industrias que están contra nosotros, y lo único que se conseguiría sería una crisis industrial. Y nos felicitaríamos por ello, ¿no? (página 104. Conversación entre Esch y el redactor de un periódico socialista).

FINALMENTE será la vieja horrible y blandamente gorda, que tampoco quiere saber nada del deseo de su amante de marchar a América, quien le dé ese cobijo que atesora el mundo, la sociedad contra la que antes se había manifestado: ella le procurará la inutilización de su pensamiento, le hará la comida y le amará carnalmente con las fétidas y viscosas carnes suyas, tan fétidas y viscosas como esa sociedad a la cual acabará uniéndose el protagonista de la novela, y en la cual irá viéndose poco a poco más y más sumido, hasta que desaparézca de sí el reflejo último, reflejo condicionado y resto de aquellos antiguos deseos suyos:

«...No obstante, Esch encontró una colocación como jefe contable en una gran empresa industrial de su país natal, Luxemburgo, y su mujer le admiró todavía más. Siguió marchando de la mano y se amaron recíprocamente. En alguna ocasión él la golpeaba aún, pero cada vez con menos frecuencia y, finalmente, dejó de golpearla por completo.» (Página 257, última).

Escribe Alfonso MARTINEZ-MENA



EL MARINO MALDITO

(apasionante novela épica)

EL pasado mes de agosto hizo un año de la muerte, en el hospital King Edward, de Londres, del escritor inglés Nicholas Monsarrat, que durante los últimos días de su vida residió, voluntariamente recluso, en la isla de Malta, escenario precisamente de su más famosa novela, «El cura de Malta», en la que narraba la historia del padre Salvatore, y de la propia isla, de forma magistral; obra considerada incluso a «Mar cruel», su primer éxito, del que se vendieron varios millones de ejemplares. Poco antes de su muerte había publicado «El marino maldito», esta novela que comentamos ahora, recientemente editada en España en la colección Best Seller, de Ultramar, con la que volvió a estar de actualidad Nicholas Monsarrat merced a la extraordinaria acogida por parte de la crítica y del público, que la consideraron como una novela espectacular y apasionante.

NOS encontramos ante un gran empeño literario al que Monsarrat dedicó veinticinco años de trabajo, documentación y viajes, que dieron como fruto lo que puede calificarse como gran epopeya de la Marina inglesa a través de los siglos; pero también es una subyugante novela de fantasía y acción trepidante, en línea de las mejores obras de su especie, en la que el protagonista es tanto la Marina inglesa como un personaje alucinante llamado Matthew Lawe, campesino de origen, escapado de un orfanato, que en 1588 se enrolara como marino en la nave de Francis Drake, anclada en el puerto de Plymouth, mientras se pertrechaba para luchar contra la Armada Invencible. Y de alguna forma —no muy positivamente, por supuesto—, a lo largo de las páginas aparece constantemente España como telón de fondo. Así había de ser, tratándose, como se trata, de una fantasía pseudo-histórica en torno a las hazañas de la Marina británica.

DURANTE la batalla contra la Inven-cible, Matthew Lawe protagoniza un descarado acto de cobardía y es objeto de una maldición. Se transforma en el marino maldito, una especie de «Judío errante», en este caso condenado a navegar sin descanso en persecución de una reivindicación que no le llega nunca. Este es el hilo conductor de la novela a través de la que conoceremos las aventuras del hombre inmortal que, sucesiva e interminablemente, embarca en múltiples empresas: explorador con Henry Hudson a la búsqueda del pasaje del noroeste del Atlántico; pirata en los mares del Caribe con Morgan o Montbarre; auxiliar del Almirantazgo junto a Samuel Pepys; pescador de bacalao en Terranova; adlátere del capitán Cook en su viaje para conducir al general Wolfe a Quebec; cartógrafo

de mares desconocidos; amigo de Nelson, al que sigue en sus victorias de Nápoles, Enna y Trafalgar...

Y durante todos esos largos años, más de doscientos, conservando casi la juventud que tenía el día de la maldición, desertando, huyendo, escondiéndose, sufriendo toda suerte de vicisitudes acumuladas en este fabuloso relato de aventuras, en el que llegamos a conocer intimamente el mundo de los hombres de la mar, de los marineros, de los piratas, de los pescadores y el planteamiento y desarrollo de batallas históricas, a través de una prosa viva y palpante, repleta de emoción, crudeza, amor, calamidades y éxitos. Ingredientes todos ellos propios de la más exigente novela de aventuras, que es lo que, en definitiva, es la extensa obra que comentamos, al margen de apoyaturas históricas, hechos reales o personajes auténticos que desfilan por las apretadas páginas llenas de apasionantes sucesos.

ESTA novela, indudablemente bestselérica, volvió a reverdecer los pasados éxitos de Nicholas Monsarrat, convirtiéndose en libro mundialmente admirado antes de la muerte del autor, y quedará como una pieza maestra del género, al margen de su intencionalidad epopéyica, porque difícilmente puede encontrarse en obra alguna una sucesión de peripecias, de escenarios dispares, de situaciones límite, como ha acumulado Monsarrat en este «El marino maldito». La historia de un hombre que participa en los más destacados hechos de la Marina inglesa, desde la Armada Invencible a Trafalgar, mientras purga un acto de cobardía que le convierte en el marino maldito, que da título a la obra, interminablemente abocado a la búsqueda de su salvación, a la pérdida de su inmortalidad.



«LOS CUADERNOS DEL NORTE», NUMERO DOS

NO hay dos sin tres en esta ocasión, porque la revista cultural asturiana que patrocina la Caja de Ahorros de Asturias ha llegado ya a su número «2», que, en realidad, es el tres, porque hubo un número cero. Su corta, pero ya fecunda vida coincide casi por entero con nuestra larga ausencia veraniega. Ello nos fuerza a dar noticia de este número, pero también a recordar los dos anteriores.

El tercer cuaderno del Norte, que en realidad es el segundo o al revés, toma el centenario (1880-1980) del novelista, ensayista y periodista Ramón Pérez de Ayala como motivo monográfico de sus páginas, las cuales, además de contener una muy bien seleccionada iconografía de la vida y la obra del escritor, se abren, como es lógico, con un artículo del especialista más consagrado a Pérez de Ayala de todos los especialistas consagrados, Andrés Amorós, quien brinda a «Los cuadernos del Norte» unas primicias o adelantos de los trabajos en los que está verdaderamente enfrascado. Quizás hasta el extremo de impedirle aceptar una dirección general que le acaba de ofrecer el Ministerio de Cultura (en un gesto, todo hay que decirlo, que hace abrigar la esperanza de que en dicho organismo público empieza a imponerse algún principio de coherencia). Se llama el trabajo del profesor Amorós «Del epistolario de Ramón Pérez de Ayala a Miguel Rodríguez - Acosta (cuatro cartas inéditas)». La muestra elegida por Amorós pertenece, según sus propias declaraciones, a una colección de doscientas cuarenta cartas en las que se hallan auténticas fuentes de interpretación de muchas claves ayalianas puestas en tono de sinceridad y compuestas en prosa de buen tono literario.

Siguen artículos de José García Nieto («Ramón Pérez de Ayala, poeta»), Carmen Díaz Castañón («Amor, educación, pedagogía»), Andrés Gelabert («Viendo la lluvia con Pérez de Ayala»), María del Carmen Bobes Naves («Técnicas cinematográficas en las primeras novelas de R. Pérez de Ayala»), Carlos Luis Álvarez («Contorno de un clásico»), Víctor García de la Concha («Pérez de Ayala y el compromiso generacional»), José Ignacio Noriega («Las retóricas de Belarmino y Apolonio»), Manuel Fernández Avelló («El día que Francisco Umbral leyó a Pérez de Ayala la topografía del mechnal y del helecho arborescente»), Sara Suárez Solís («El antifeminismo de Pérez de Ayala»), Elias García Domínguez («El estilo contra la novela»), Agustín Coletes Blanco («In-

RAMON, EN LA FERIA DEL LIBRO

EN colaboración con la Junta de distrito de Retiro, un grupo de artistas plásticos ha organizado, en coincidencia con la actual edición de la Feria del Libro, una exposición y un conjunto de actos que tendrán lugar en los jardines de Cecilio Rodríguez y que comenzaron ayer, día 26. Los artistas plásticos son, entre otros: Julio Alvarez Santos Díaz, López Soldado, Daniel Merino, Antonio Marcoída, Barajas, L. F. Aguirre y Alcocer.

El programa de actos, que se abre desde hoy hasta el próximo día 11, es el siguiente:

Día 27, a las 17,30, GRUPO TARANTA; presentación a cargo de Miguel Almodóvar y José Antonio Alcacer; «HOLOCAUSTO RAMONIANO», por Julio Alvarez y Angel Aragonés; inauguración de la exposición de pintura. A continuación, verbena.

Día 28, a las 12: TEATRO INFANTIL ESPAÑOL CONTEMPORANEO.

Día 3, a las 18: Recuerdo de la tertulia de POMBO. Coordinada Rafael Flórez.

Día 4, a las 12: TEATRO LEJANIA; a las 18: OPERA TIA Y ORQUESTA SANDUNGUERA.

Día 7, a las 18: REGUEIRA-PREGO (salsa rock).

Día 8, a las 18,30: SEMINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUSICA ANTIGUA.

Día 10, a las 18,30: CUARTETO DE ARCOS (Madrid).

Día 11, a las 12: TEATRO LEJANIA; a las 18,30: CORO DE CAMARA ARS NOVA.



(1) Hermann Broch. Esch o la anarquía. Editorial Lumen. Barcelona, 1977.





PARA EL CENTENARIO DE JUAN RAMON JIMENEZ

glattera y la novela de Pérez de Ayala», Eduardo Méndez Riestra («Unificación de la abulia») y Víctor Alperi («El tema del comercio de Pérez de Ayala»). A todos estos trabajos sigue una excelente sección de comentarios de actualidad cultural.

En el número «1» escribían Cunqueiro, Jesús Neira, Umbral, Vidal Peña, José L. Atienza, Martín Landinez, Martínez Sarrion, Hugo Gaitto, Guelbenzu, Angel González, Gonzalo Suárez, Pedro Caravia, Ullán, Rodríguez Neira y García Vela.

En el número «cero», Vidal Peña, Jiménez Losantos, Savater, Gonzalo Suárez, Manuel Vicent, Pedro Caravia, Gamoneda, Cela, Torrente Ballester, Umbral, Leopoldo María Panero, Haro Ibars, Luis Antonio de Villena, Sanz Echevarría, Velarde Fuentes, Gala, Efrén García Fernández y un trabajo de Barthes.

Para el final, pero subrayada con énfasis grande, la mención del autor del prodigio. El profesor Juan Cuetto Alas, que durante algún tiempo fue asiduo colaborador de «El País», ha montado esta revista en su tierra con la subvención de una Caja de Ahorros que sabe gastar sus dineros destinados al fomento de la cultura en una empresa ejemplar.

NICARAUAC (Y FERNANDEZ RETAMAR, PREMIO RUBÉN DARÍO)

Se parece a «Casa de las Américas» y difiere de «Casa de las Américas», de la misma manera que la revolución castrista se parece y difiere de la sandinista. La revista «Nicarauac», de la que hemos recibido su primer número fechado en mayo-junio de 1980, se presenta como bimestral, y como una publicación del Ministerio de Cultura que preside el poeta, sacerdote y guerrillero sandinista Ernesto Cardenal, que, además, figura en el consejo de redacción y firma el editorial de este primer número («El valiente hombre nuevo»). Cardenal justifica allí etimológicamente el nombre de la revista, y declara: «Con «Nicarauac», palabra de «Norte y Sur de las Antillas», buscamos a nivel continental crear una revista latinoamericana para los latinoamericanos, ya que se tienen pocas revistas, y en los países bajo dictaduras tan tenebrosas como la que acabamos de erradicar, no hay ni siquiera una sola.»

Escriben también Henry Ruiz, Humberto Ortega, Jaime Wheelock, Gloria Guardia, Julio Cortázar, Bayardo Arce, Sergio Ramírez, Miguel D'Escoto Brockman y Franklin Caldera. Se da asimismo la noticia —con reproducción del acta— del fallo del Primer Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío al cubano Roberto Fernández Retamar.



UN LIBRO RESCATADO "SANGRE DE ESPAÑA", de Angel Lázaro

FUE Aurora de Albornoz la que recientemente, en su tomo de «Poesía española en el exilio», de 1939, rescataba de la primorosa colección El Cuervo Herido, del gran poeta e impresor Manuel Altolaguirre, este libro de Angel Lázaro, «Sangre de España», publicado en primera edición en La Habana, 1940, y luego por la imprenta La Verónica, de Altolaguirre, en 1942. El libro lleva una noticia-prólogo

«España se puede sentir como una nostalgia reposada, como una memoria de su amorosa geografía que nos hace paisaje de nuestro cuerpo, ríos de las venas y llanura de la piel. Y sentirse uno, forzado emigrante ahora, lleno de tibias y melancólicas añoranzas. "España limita al Norte...», y perseguimos como una cantilena infantil su taurina silueta abandonada.

Quiénes fuimos a escuchar a Angel Lázaro el jueves último, la apasionada lectura de su poema "Sangre de España", percibimos la flauta del pastor y el blando rumor de las ovejas en las bucólicas colinas de su Galicia natal. Acaso, innecesariamente, por ser Angel Lázaro bien conocido de los cubanos, otro poeta español, Manuel Altolaguirre, quiso darnos recordatorio de él, de la obra poética anterior de Angel Lázaro, "español que ha sentido su tierra, su mar y su cielo con costumbre de ausencia, soñándolos desde su juventud cercana hasta este momento de su madurez sorprendida en el destierro..."

Más pronto su sueño hubo de hacerse pesadilla, y la melancolía drama si la ensoñación nostálgica le presentaba el drama terrible de nuestra Patria: colinas abandonadas, pastores ahorcados por haber grabado sobre la herida corteza de una encina el nombre de libertad. El protagonista de su poesía, de toda su obra poética anterior que le editara ha poco tiempo en La Habana, La Verónica, de Manuel Altolaguirre, la España de su antología poética halló rivales antagónicos sobre su suelo, y la poesía de Angel Lázaro se transformó ardentemente en esperanzada poesía trágica de su nuevo poema "Sangre de España", expresada ahora "con grandeza de una invocación dolorosa".

¿De que Jasón, oh, tú, hechicera, dinos, vas detrás fascinada, que así olvidas quién eres, de tal modo te yergues o te arrastras?

Hasta adelantarse él, Angel Lázaro, que conoce muy bien el oficio del teatro, actor emocionado aquella noche de su lectura de "Sangre de España", a las candilejas ilusorias de la escena con trágica imprecación:

¿Qué corazón, qué trono, qué locura, qué celos o qué rabia, te impulsa a degollar tus propios hijos, que eso es lo que hace tú, Medea España?

Entonces, ¿qué era, de qué moviediza materia, alma intranquila, era la requerida silueta resbalada a nuestros pies? Era el

Genio de España contradictorio, genio de España a contrapelo, Rodrigo, tinto en sangre, Alonso, liberal, cristiano y bueno,

para seguir en el poema de Lázaro, el sí y el no, la cruz y la raya, la vida y el sueño, el morir por no morir, y el querer y no querer al mismo tiempo contra toda razón, hecha posible en el alma española, hasta hacerse sangre, la terrible disyuntiva, perenne contradicción de la vida

No tuvieron buena fortuna los primeros escarceos ante el Ministerio de Cultura para organizar la conmemoración del centenario de Juan Ramón Jiménez, que tendrá lugar en 1981.

Exactamente el 24 de diciembre, la fecha cumbre. Pero, sin esa fortuna, el centenario tendría que celebrarse y subrayarse como se merece. Mala suerte, y para nosotros absolutamente inexplicable, que Ricardo de la Cierva no entendiera esto como que fuera un obstinado opositor a todas las razones de un peso específico superior al que Ministerio y personalidad desalojaban, en torno al espacio soriano consagrado por los poetas. Corramos sobre esto el más piadoso, espeso y tupido velo.

Nos hallamos ante el gran caso de la gran reparación y potenciación sobre España y sus poetas: el centenario de Juan Ramón Jiménez. Unos cuantos levantaron la bandera con la máxima credibilidad. Los que fueron sus amigos, críticos y editores: nuestro colaborador Ricardo Gullón, Francisco Giner de los Ríos, Aurora de Albornoz. Le acompañaron la poetisa Car-

men Conde, que debe a Juan Ramón su primer impulso;

Francisco Garfias, editor también y corresponsal del poeta; el editor y crítico, Arturo del Villar, y el entusiasta Antonio Campoamor. Y se ha constituido la Asociación de amigos de Juan Ramón Jiménez, a la que nos hemos adherido unos cuantos y a la que se adherirán muchos más para que este centena-

rio sea, ni más ni menos, lo que debe ser.

D. S.

Se ha constituido con carácter provisional una comisión ejecutiva de Amigos de Juan Ramón Jiménez, integrada por Aurora Albornoz, Antonio Campoamor González, Carmen Conde, Francisco Garfias, Francisco Giner de los Ríos, Ricardo Gullón y Arturo del Villar, para promover un

homenaje nacional al gran poeta con motivo del centenario de su nacimiento.

A este grupo se han adherido, hasta la fecha, Enrique Azcoaga, Pablo Beltrán de Heredia, Pureza Canelo, José Luis Cano, José María Castellet, Juan Collantes de Terán, Rafael Conte, Pablo Corbalán, Angel Crespo, Ernestina Champourcin, Aurelio G. Cantalapiedra, José García Nieto, Angel González, Miguel González Garcés, Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, José Hierro, Francisco López Estrada, Leopoldo de Luis, José Gerardo Manrique de Lara, Francisco Pérez-Serrano, Ignacio Prat, Antonio Sánchez-Barbudo, Antonio Sánchez Romeralo, Dámaso Santos, Ricardo Senabre, Francisco Umbral, Jorge Urrutia, Francisco Ynduráin, Concha Zardoya, Carlos Rodríguez-Spiteri, Carmen Pérez Serrano, José García Nieto, María Eugenia Rincón, Manuel Mourelle de Lema, Dionisio Borja González, José García Nieto, José Infante, Carlos Murciano, Marisa Manso Serrano, Mariano Roldán y José Javier Aleixandre.

UNA primera reunión —presidida por Ricardo Gullón— celebrada en la Fundación March y a la que asistieron un cierto número de los antes mencionados coincidió, tras múltiples declaraciones de la singularidad de la obra de Juan Ramón Jiménez, en perfilar unas cuantas ideas para la celebración del centenario del nacimiento del poeta de Moguer. Edición crítica de las obras completas —iniciación al menos de ello—, publicación urgente de unos cuantos volúmenes, diez, por ejemplo, para difundir su poesía y su prosa en una colección popular semejante a aquella de RTV, que, por su precio, y la campaña de los medios de difusión, alcanzó unas tiradas enormes; edición de una antología del centenario, discos y cintas, con su palabra, conferencias, cursillos, declarar oficialmente un «Día de Juan Ramón» en todos los centros de enseñanza, participación intensa de los medios de difusión, suplementos literarios de los periódicos, revistas; pedir la colaboración a la Real Academia, a todas las entidades culturales, considerar la participación primordial de la Universidad, conocer las iniciativas más diversas para intervenir en la coordinación; la exposición itinerante bibliográfica e iconográfica... El primer acuerdo ha sido el de que la comisión visite al ministro de Cultura para pedirle su colaboración y ayuda en todas estas iniciativas, que deberán perfilarse y programarse inmediatamente para que se puedan realizar cuidadosamente durante todo el año del centenario que culminará el día 24 de diciembre de 1981. Para nuevas adhesiones, dirigirse a Antonio Campoamor González, secretario de la comisión «Amigos de Juan Ramón Jiménez», calle Madrid, 109, Getafe, Madrid.

de Bernardo Clariana, el joven (entonces) y ya ilustre helenista, y en él se nos da cumplida referencia de su contenido.

Es la mejor reseña que de «Sangre de España» —cuyo último poema reproducía

Aurora de Albornoz al frente del tomo mencionado— tenemos a la vista y que, juzgado ya con la perspectiva del tiempo, consideramos como otro rescate. Por eso queremos reproducirlo. Dice así:

española, ayer mismo carlista y liberal, hoy desterrada —también vive allí desterrada y sin tierra mucha más de media España— o seguidora de Franco.

Unamuno, la más sobrecogedora agonía del español contemporáneo, le da a Angel Lázaro la pauta trágico-filosófica para sus poemas políticos, y la castellanía de don Antonio Machado, la ternura formal de sus sentimientos. De aquél dirá Angel Lázaro:

Nunca quisiste a España con amor tranquilo, sino rabiando, padeciendo, amor a muerte, al borde, siempre al borde de despeñarte... Forcejeo, trágico jadear, rebañaduras del corazón, blasfemias, rezos, dulce panal, enardecida broma, ardiente extenuación, brasa en los huesos.

Y en todo el poema, la explicación de España y Unamuno. A don Antonio, a quien no nombra Lázaro, le vemos a lo largo de ese romance sombrío de Alvargonzález, que es la vida española evocada en historia literaria, teatral, pues de tragedia se trata, de los poemas dramáticos de Angel Lázaro.

Había que oírsele decir a él mismo, sentirse uno cogido del brazo cuando después nos repetía sus versos preferidos, los que dedica al ex rector de Salamanca, para sentir toda su fuerza expresiva.

Mas el verbo es soledad, y la soledad siempre ha buscado el mismo escenario del arroyo y el chopo. Por la soledad de España, sin dominadores extranjeros, se demanda Angel Lázaro:

Mas ahora, ¿cuándo recobrarás tu soledad, tu austera, tu limpia soledad que es hoy, señora, cuándo vemos lo que era?

Yo la quisiera bien pronto para ti, Angel Lázaro, para todos nosotros y para tus mejores versos de pastores y colinas. Ahora, cuando he escuchado tus estremecidos versos de desterrado, tu trágica explanation del ser y genio de España.

Seguro estoy de que este libro conmoverá a quienes lo leyeren, pero también de que una alegre esperanza segura, brotará de estos versos, les dará claro alivio en la patética hora presente, péndulo angustiado del corazón en la caja del pecho.

Estoicamente has dicho de España:

Y tú, callada, erguida, entre muertos y ausentes; ni lágrima ni queja proferida, sólo apretar los dientes.

Y esperar, esperar... En la esperanza, mejor motivo poético, ardía aquella noche tu dantesca silueta, poeta y actor de tu propia poesía española.»

Bernardo CLARIANA

LA PAGINA DE LA HISTORIA

De Juan Pedro APARICIO

CANTABRIA, EN LAS RAICES DE ESPAÑA

El vocablo cántabro tiene una fonética áspera que, desde inmemoriales tiempos, evoca fiereza y rotundidad. Este carácter a servido ciertamente para crear en Santander toda una curiosa tradición: la reivindicativa. Porque no es muy reciente ni ha sido fácil esta ecuación: Santander igual a Cantabria. Para el Rey Sabio, por ejemplo, la Cantabria se extendía por tierras de Logroño, hacia el Este. En la «Crónica Silense», en la de Lucas de Tuy, en la de Rodrigo Jiménez de Rada, se localiza a Cantabria en la Rioja o se denomina cántabros a las gentes del reino de Navarra.

Y el asunto tiene más importancia que la meramente histórica o científica. Alguien tan aparentemente remansado como Torrente Ballester afirma en el prólogo al best seller de Sánchez Dragó que España no pudo expresar su originalidad porque siempre le tocó habérselas con la invención ajena traída en forma de invasiones. Así, todos hemos contribuido —la rebelión vasca de manera sorprendente— a dotar a aquel mundo prerromano —pues Roma es la invasión por excelencia— de originalidades, excelsitudes, heroicidades, a las que hacemos definitorias de nuestra fisonomía auténtica. Sabino Arana estaba empapado de sirimiri mitológico que Pereda de la Reguera recoge Tubal, el hijo de Noé, desembarcado en las costas de Cantabria, el conocimiento del misterio de la Cruz antes de Cristo, etcétera) en el libro que comentamos (1). Y es que están de tal modo las cosas en el país que lo que más atención nos llama de este libro ha transcurrido —y transcurre todavía— fuera de su páginas. Su misma posibilidad es el remate de un largo camino o —quizá, como algunos preferían— de una larga conquista.

HASTA el siglo XVII ningún historiador se atrevió a situar a Cantabria en la actual provincia de Santander. Es a partir del XVIII cuando empieza la gran polémica, curiosa, apasionada, donde un escrito contesta al anterior, habiendo con frecuencia muerto ya los dos autores en pleito, lo que le da su carácter fantasmagórico, sobrenatural, extraño.

La serie se inicia con una obra publicada en Lima en 1730 —tengase en cuenta que hasta el siglo XIX hubo una región llamada Cantabria que comprendía las provincias de Alava, Encartaciones de Vizcaya, Reino de Navarra, Guipúzcoa y Señorío de Vizcaya— por Pedro de Peralta Barnuevo, en el título de «Historia de España Vindicada». Le responde el guipuzcoano Larramendi con el siguiente escrito: «Discurso histórico de la antigua famosa Cantabria. Question decidida si las provincias de Bizcaya, Guipúzcoa y Alava estuvieron comprendidas en la antigua Cantabria». Esta vez es el Padre Flórez quien contesta, cuando ya Larramendi ha muerto, con este título: «La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que tuvo en tiempos romanos la región de los cántabros, con noticia de las regiones confinantes, y de varias poblaciones antiguas». Y cuando Flórez ya ha muerto surge la respuesta vasca, con este título de José de Ozaeta: «La Cantabria Vindicada y Demostrada según la extensión que tuvo en diferentes tiempos».

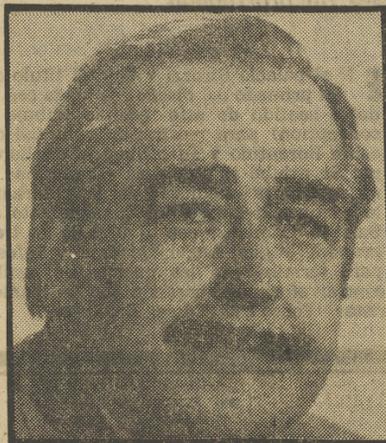
La muerte indudablemente había querido ser interlocutora en la contienda, porque a pesar del esfuerzo de Risco, que escribió y publicó su respuesta dentro del mismo año (1779) de la publicación anterior, Ozaeta ya había fallecido. A su vez, el alavés Landázuri, sobrino de Ozaeta, contesta en su lugar a Risco. La respuesta es de pedernal. El título insufrible: «El vindicador de la Cantabria D. Josef de Ozaeta y Gallaiztegui, vindicado del vindicador del R. P. M. F. Enrique Flórez, el

P. M. F. Manuel Risco del orden de San Agustín. Carta dirigida y dedicada al Excmo. Señor Duque de Medina de Rioseco, Marqués de Malpica, Grande de España, por Don Juachin Joseph de Landázuri Romarate, sobrino del vindicador».

ESTE prolongado pleito, esta larguísima lucha y reivindicación, que llega prácticamente hasta nuestro siglo, palpita inevitablemente en cada una de las páginas del libro de Manuel Pereda. Construido más con el volátil instrumental de la intuición que con los materiales pesados con que trabaja el historiador, permite una interesada lectura en la que se reivindica para Cantabria el alumbramiento del Arte, el origen del reino asturiano, el nacimiento de Castilla, la creación del idioma castellano, la raíz de España... Tal técnica, estimulante y atractiva, supone la necesidad de que las aperturas que aquí y allá se hacen en los caminos de la Historia, y que tan útiles son, sean luego consolidadas, como frágiles cabezas de puente, con esa laboriosidad de infantería que caracteriza a los historiadores. Mientras tanto permítasenos ahora dejar abierta la discusión y que no consideremos ningún puente como definitivamente instalado —o abandonado.

MANUEL Pereda, por ejemplo, señala la filiación cántabra de la monarquía asturiana que nace con Alfonso I, el yerno de Pelayo, pero sólo hasta Alfonso III, el monarca que traslada la corte de León. ¿Por qué? Es ya un tópico de la historiografía moderna de lacisiva intervención de Cantabria en la creación de Castilla. Es, sin embargo, doctrina renovadora su, igualmente, decisiva contribución al nacimiento del Reino de Asturias. ¿Por qué, pues, detenerse en Alfonso III, si el reino de Asturias sigue en el de León, si hasta la muerte violenta de Vermudo III, en el 1037, no termina la estirpe que inaugura el yerno de Pelayo? Aquí nos hubiera gustado que la mirada de Manuel Pereda se ensanchase. Porque este es un punto crucial para el entendimiento de Cantabria y aun de España. ¿Es que acaso cabe renunciar a lo que de cántabro hay en la monarquía asturiana por el simple hecho del traslado del solio a León? Nos parece que hay una Cantabria que es sustancia inicial de Castilla y una Cantabria que se incorpora, en sus mismos albores, al reino astur-leonés. Si las dos Cantabrias, que sobrepasan por supuesto con mucho los límites de la actual provincia de Santander, son hoy una sola, si tienen conciencia de una única identidad, si, por el contrario, siquiera conocen de sus existencias respectivas es tema que aún queda por resolver.

(1) Manuel Pereda de la Reguera: «Cantabria, raíz de España». Santander, 1979.



Manuel Pereda de la Reguera.

Escribe Fernando R. DE LA FLOR

RETORICA "PARA" LA FICCION

«Una técnica, es decir, un "arte", en el sentido clásico del término: arte de la persuasión, conjunto de reglas, de recetas, cuya aplicación permite convencer al oyente del discurso (y más tarde, al lector de la obra), incluso si aquello de lo que hay que persuadirlo es falso.»

R. BARTHES

La retórica, incluida desde antiguo en los programas de estudios como parte de las llamadas artes liberales, vive hoy un momento de auge. Al declive de su prestigio, ocurrido a lo largo del siglo XIX y principios del XX, le ha sucedido una revalorización que tiende a cubrir dos amplios campos en el contexto literario: por un lado, los conocimientos retóricos se emplean con profusión en el moderno análisis de textos; por otro, los propios escritores se vuelven hacia este gran catálogo de sus recursos que viene a ser la retórica.

Tres cuerpos distintos de reflexión y reciclaje de la vieja retórica hemos recibido en este siglo. El primero de ellos, el constituido por aquellos manuales de grosor variable y uso escolar que, salidos de la pedagogía jesuítica, circularon con cierta profusión en España a principios de siglo. La segunda aportación, esta vez verdaderamente académica (y por ello menos «sentimental» que la anterior) es la de Heinrich Lausberg, quien, en 1960, levanta un verdadero museo de la retórica, cuyo aparato y complejidad tiene todavía hoy alejados a muchos profesionales de las letras. Un memorable artículo de Roland Barthes —«La antigua retórica»—, incluido en «Comunicaciones» (trad. castellana en Tiempo Contemporáneo, Argentina, 1970), era, cronológicamente, la tercera y más inteligente exposición de la sistemática de esta «arte liberal».

Barthes, con aquella historia de la retórica, nos suministraba la novela de la misma, al tiempo que deshacía las connotaciones peyorativas que tal tradición arrastraba consigo. Convertía la retórica —escribiendo retóricamente sobre ella misma— en un ente de prestigio, y la entregaba de nuevo al artista: el crítico donaba sus

recursos, haciéndose el poseedor —al dar, se daba— de los secretos del «otro».

Como la incidencia de lo citado no parece haber sido grande (al menos en el aspecto puramente académico), un nuevo código de retórica se viene a instalar en el territorio destinado a la escritura de su historia y al inventario de sus recursos.

El libro de Kurt Spang que comentamos —Fundamentos de retórica. Eunsa, 1979— alcanza a organizarse con una vertebración ya tradicional en estos estudios. A una historia de la retórica desde sus inicios vinculados a los procesos judiciales por la propiedad de las tierras (Sicilia, s. V. a. C.), le sucede una meditación sobre las partes en la elaboración del discurso («inventio», «dispositio...»); vicios y virtudes por las que éste se ve afectado, y una breve recensión sobre los estilos y la tensión sobre la que puede ser articulado el discurso («genus humile», «genus medium»...).

La tercera —y cuantitativamente más importante— sección del libro hace concesión a ese «furor taxonómico» del que habla Barthes: allí, las figuras y los tropos (unas y otros denominados ahora bajo el genérico «recurso»)



Roland Barthes.

se despliegan en una casuística que trata de dejar en su red un buen número de «desviaciones de lenguaje».

Inserta en este esquema una novedad: la vinculación publicidad-retórica. Los estudios sobre la primera desde el punto de vista de la segunda se pusieron de moda en torno a los años 70, singularmente desde el artículo de Jacques Durand (Rhétorique et image publicitaire) que generó en Francia toda una corriente de reflexión sobre estas relaciones.

Spang, por su parte, traza el cuadro actual de este «dispositivo de influencia» que es la publicidad, y lo hace acudiendo a una ejemplificación extraída del contexto televisivo cotidiano (con lo cual, evidentemente, nos proporciona un goce malintencionado). Detrás de esa aparente «dignificación» del lenguaje publicitario amparado en el edificio retórico se oculta un muestrario de fácil química, cuyos factores desencadenantes lo son a l servicio de una misma causa: la persuasión a toda costa.

Intencionalidad de la que una retórica más elevada —retórica que se integra en la zona de la poética— había tratado de deshacerse, dirigiendo su sistema hacia lo sublime: el lenguaje organizado como arte no lleva —para el pseudo-longino— a la persuasión, sino que conduce directamente al éxtasis.

En este terreno —el del éxtasis, la desmesura (el estilo tiende siempre a llevar a la desmesura), la ficción, la aventura verbal, en definitiva—, la tradición retórica es, todavía hoy, un gimnasio congelado en sus sorpresas; un espacio aguardando a los «atletas de la palabra».

La retórica está viva y en su organización se encuentra un procedimiento generativo de textos de ficción, cuyas posibilidades no están completamente explotadas. Raymond Roussel lo vislumbraba en aquel epílogo dudoso a su obra genial.

Por último, un recuerdo retórico suscitado por estos Fundamentos...: el del Curso de Redacción de Miranda Podadera con su inefable colección de retruécanos y paranomasias, de calambures y epifonemas:

«Al Orto del astro Febo, ocultos en los cañaverales divisamos el undívago paisaje, por el que avanzaba toda una hilera de falanges cabilinas provistas de alabardas, a cuyo frente marchaba airoso el arráz de, la harc... a.»

Escribe Santos AMESTOY

Quimera de Arezzo.
(Arte etrusco.)

"FLORENCIA Y LA TOSCANA DE LOS MEDICIS" (y 2)

De no haber sido por el tedioso y largo verano hubieramos hablado en estas páginas un poco más de la magna exposición del Consejo de Europa, que hace el número dieciséis de las patrocinadas por el organismo cultural europeo y que bajo el epígrafe «Florenxia y la Toscana de los Medici en la Europa del quinientos» ha conocido tal éxito de visitantes que, prevista para tres meses, fue prorrogada hasta el comienzo del otoño.

COMO decía en la primera crónica —antes de la excesiva suspensión estival— la exposición florentina tenía lugar en nueve ámbitos a la vez. Varios palacios mediceos, la iglesia-granero —y en tiempos de los Medici—, archivo, de Orsammichele, la iglesia de San Esteban y el fuerte de Belvedere, en los alto de los jardines del Boboli, del palacio Pitti. Si no hubiera sido por las largas vacaciones nos habríamos detenido en contar a nuestros lectores pormenores y gracias de la exposición, que, tal vez, a más de un viajero a Italia hubieran sido de alguna utilidad. Esta forzada visión retrospectiva, sin embargo, nos obliga, también, a la síntesis y al balance.

Pero, no impide que recordemos al lector, siquiera sea de manera excesivamente sintética, el contenido de cada una de estas nueve exposiciones, comenzando por la del fuerte de Belvedere, en la que bajo el paradigma de «El poder y el espacio» se analizaba la invención de un diseño arquitectónico capaz de significar la fuerza que el estado mediceo alcanza en la centuria en cuestión. La organización del espacio adquiere dimensiones de índole pública y política. La arquitectura militar, la ordenación territorial, el urbanismo, el diseño de los edificios palaciegos y religiosos y hasta de las casas de menestres (primera aparición de lo que hoy llamamos con el eufemismo de la «vivienda social») fueron elementos relacionados y relativos del microcosmos mediceo. La exposición, sin embargo, y como todas las restantes, se orientaba solamente hacia el norte del Poder del Estado moderno, que surge en aquella centuria. Se dividía en dos partes, una geográfica y la otra temática. La segunda, ejemplar, desarrollaba ante los ojos del contemplador todo el esplendoroso lenguaje de la arquitectura del Renacimiento toscano, sus rasgos estilísticos, la ciudad real y la ciudad ideal, las artes decorativas, los jardines y, sobre todo, junto al desarrollo y logro de un elegante estilo, su expansión por el mundo europeo y su fusión con las peculiaridades de las regiones por las que se extendía entre las que, naturalmente, se encontraba España.

EN el palacio viejo, el primer edificio civil de Florencia, sede del poder y durante una larga temporada de la dinastía Medici, el «Coleccionismo mediceo». Quizá una de las exposiciones más coherentes. Se trataba de devolver al edificio los varios sentidos —algunos discrepantes entre sí— que reunió en difícil síntesis: símbolo de la República, galería de arte o museo y la escenografía de Cosme I, de Fernando I y de Francisco I. Las colecciones arqueológicas mediceas, entre las que destacaba la increíble «Quimera» etrusca, las joyas, los tapices en los que los artistas florentinos aprendieron el arte de la tapicería flamenca. Y, sobre todo, la ocasión de ver en su emplazamiento original o, al menos, colocadas según el gusto de la época, obras dispersas hoy por diversos museos y archivos. La Piedad de Sanson, de Bronzino, el «David-Apolo» de Miguel Ángel; la mentada «Quimera de Arezzo»...

EN el palacio Strozzi y bajo el título de «El primado del diseño» se juega con el doble sentido de este término (dibujo y concepción) para mostrar la voluntad de estilo florentino y su influencia en Europa. Se exhibe la otra cara «florentina» y no solamente «medicea» del arte durante la centuria del paso del Renacimiento al Barroco. Comienza con dibujos de los tres grandes, Miguel Ángel, Da Vinci y Rafael, para terminar en las puertas del estilo contrarreformista, pasando por los manieristas (Pontormo, Rosso, Bronzino...)

«Leda»,
Vasari.

Wer findet der metall anfang vnd erfienatur/
Die kunst macht durch vns die höchstetincur/
Zeyn brun: noch wasser ist meyn gleych/
Ich mach groß arm vnd reich/
Vnd bin doch: jgnd geytig vnd ddelich Succus

EN Orsammichele, el visitante español habrá encontrado en la enorme exposición de documentos («Los Medici y Europa —1532-1609— la Corte, el mar, los mercaderes») la sorpresa de la gran contribución española a esta exposición, sobre todo en el terreno documental, consecuencia de las relaciones que la Florencia de los Medici mantuvo con los Austria y con el Estado español. En el mismo edificio, la sección «editora y sociedad» muestra no sólo las técnicas de fabricación del libro y bellos ejemplares florentinos y venecianos, sino algunos de los más hermosos libros impresos en España, entre los que destacan los de la familia florentina Giunti, una de cuyas ramas puso imprenta en Salamanca.

EN la iglesia de San Esteban, sobre el puente «La vida religiosa en Florencia durante el siglo XVI», además de hacer honor a su epígrafe, tiene para el interesado en las artes plásticas la posibilidad de comprobar por su cuenta la competencia sostenida entre el manierismo y el estilo de la contrarreforma y la lenta pero segura prevalencia de éste.

EN el palacio Medici-Ricardi («La escena del príncipe») se podrá ver fuera de programa los frescos barrocos del salón de Lucas Giordano y una de las más sorprendentes muestras de la evolución del sentido de la representación. Desde el fasto palaciego o procesional y urbano hasta la

PLATONISMO Y PODER

RECORDEMOS brevemente la historia tachada del renacimiento florentino, aunque sólo sea por mera referencia a la obra de Marsilio Ficino, Pico della Mirandola y la solución conciliadora de Nifo. En la Florencia del siglo XV, Ficino había traducido al latín el Hércules Trimegisto por encargo de Cosme de Medici, quien le obliga a suspender el trabajo de traducción de los textos platónicos en los que estaba enfrascado el erudito. El Hermes, como es sabido, se tiene por el principal corpus de doctrina oculta y que fue base del renacimiento de la magia en el siglo XVI. Pico della Mirandola habría de extraer de la combinación ficiana de hermetismo y platonismo —más el convencimiento de que de entrambas podía brotar una nueva apoloía cristiana—, la idea de una «magia naturalis» que ha de ser interpretada no desde el punto de vista de su decadencia en el siglo XVII en el que llega a convertirse en un juego de salón, sino en toda su capacidad de poder «dar a pensar» una reflexión sobre el conocimiento. Y es Pico della Mirandola quien primero pone estas ciencias herméticas, tras su crítica a sus degradaciones populares y hechiceras, en relación con los fundamentos de la medicina y de las ciencias en general. Posición que será sistematizada posteriormente en los veinte libros de Giambattista della Porta que constituyen su «Magia Naturalis». El mirandolano, además, había advertido respecto a las predicciones que no debían aceptarse con la fe y terror ciegos de la interpretación popular. No obstante, en 1518 la proximidad de la fecha de 1524 hizo que el papa León X recabara, ante la presión de la opinión pública, un informe al filósofo, astrólogo y mago Augusto Nifo una investigación al respecto, demanda que éste solucionó de habilidosa manera asegurando que el diluvio previsto era cuestión de menor cuantía y que habría de tener lugar en un paraje remoto, lejos del hábitat humano. La solución del Nifo, si bien política, significa, no obstante, un resurgimiento de la magia (bien que atemperada) apoyada en la tesis de la vuelta a las ideas de Ptolomeo. ¿Qué explica esta historia tan a grandes rasgos traída aquí?

Desde nuestro punto de vista, que el platonismo ficiano no merecía haber sido reducido por el Consejo de Europa a la sección de magia, astrología y alquimia, por más que, como demuestra la historia recién relatada, no podía ser olvidado en esta ex-

configuración de lo que llamamos la escena a la italiana.

EN la biblioteca Laurenciana («El renacimiento de la ciencia») uno podía volver a reflexionar sobre la escalera de Miguel Ángel para, a continuación, pasar a contemplar no sólo un telescopio de Galileo, sino una veintena de libros fundamentales y únicos: los escritos de Ptolomeo, o traducciones inglesas de los escritos de Galileo o los tratados de Medicina, de Celsius... Se ponen de relieve las relaciones entre los sabios florentinos y los europeos, la aportación del humanismo al desarrollo de las ciencias, y todo ello acompañado de objetos, láminas (¡qué bellas las de Ligozzi!) e instrumentos... y el interés de los propios príncipes por la ciencia.

PARA el final he dejado la exposición Astrología, magia, alquimia, del museo de la ciencia. Por primera vez en mi vida he visto el cuerno de un unicornio, dos basiliscos, el espejo de obsidiana de John Dee, uno de los primeros objetos de magia mejicana que debieran circular por Europa y la bola de cristal de ese mismo mago inglés...

He visto, también, la colección de grabados de Dürero relativos al Sabbat brujeril, los horóscopos que se hacían confeccionar los príncipes (entre otros sabios, por el propio Galileo), las profecías respecto al gran diluvio previsto para 1524, y que causaron gran pavor...



posición. Demuestra que la orientación de la magna muestra sólo ha considerado la perspectiva del análisis del Poder del Estado Mediceo y que, si bien es cierto que en pocas ocasiones el Estado es un microcosmos —como en la Florencia de aquellos años—, lo fue en medio de una triple tensión entre el latente platonismo florentino (que impregna, incluso, los rituales del Estado y las mentes de algunos miembros de la familia Medici), el naturalismo contrarreformista, introducido a consecuencia de la política exterior (Trento, las relaciones con el imperio y con el pasado) y el manierismo como expresión de un talante espiritual arraigado en Florencia no sólo en la corte, sino en la propia idea del «disegno». En suma, la excelente exposición Florencia y la Toscana de los Medici, tan inigualable en tantos aspectos, admite a mi modo de ver, una objeción: su rigurosa ortodoxia histórica materialista, su escamoteo del platonismo y de la influencia de las academias florentinas.

También en nuestro tiempo tan parecido en algunas cosas a aquellos tiempos de la ciudad del Arno, se perfila el surgimiento de otra contrarreforma que tratará de aplastar los platonismos de toda laya...